

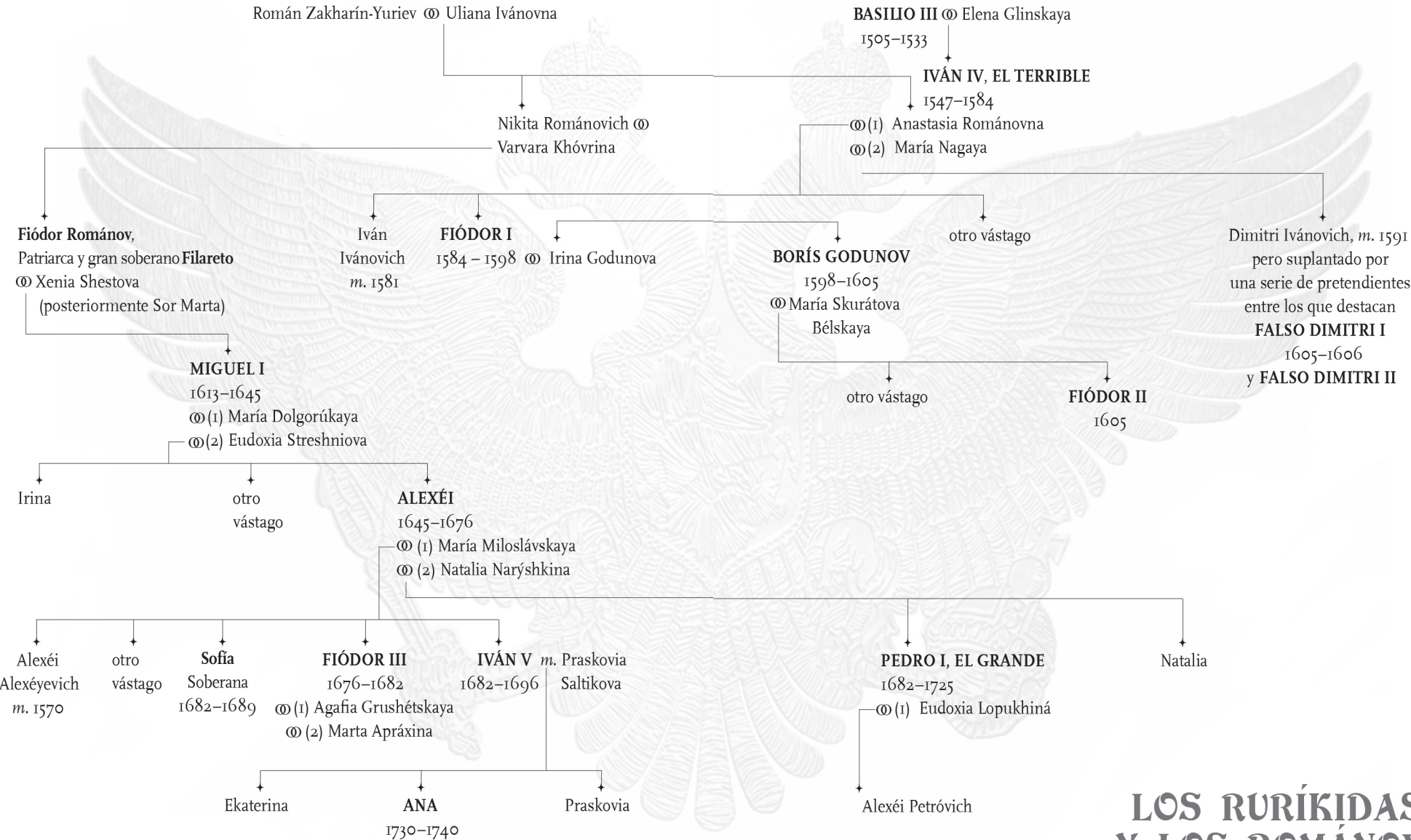


ACTO I



LOS ROMÁNOV

LOS RURÍKIDAS



LOS RURÍKIDAS Y LOS ROMÁNOV ca.1500-1700

ESCENA I

Los concursos de novias

✧ ✧ ✧

REPARTO

Los últimos zares Ruríkidas

IVÁN EL TERRIBLE 1547-1584

Anastasia Románovna Zakharina-Yúrieva, su primera zarina

Iván Ivánovich, su primer hijo varón y heredero, asesinado por su padre

FIÓDOR I, su segundo hijo varón, zar 1584-1598

Dimitri Ivánovich, último hijo de Iván el Terrible, muerto en circunstancias misteriosas. Identidad asumida por tres impostores, los FALSOS DIMITRIS

La Época de Turbulencias

BORÍS GODUNOV, zar 1605-1606

FALSO DIMITRI, zar 1606-1607

BASILIO SHÚISKI, zar 1607-1610

FALSO DIMITRI II, llamado el «Bandolero de Túshino»

IVÁN DIMÍTRIEVICH, el «Pequeño Bandolero»

MARINA MNÍSZECH, hija de un noble polaco, esposa del Falso Dimitri I, del Falso Dimitri II y de Iván Zarutski, madre del Pequeño Bandolero, llamada «Marinka la Bruja»

Señores de la guerra

Príncipe Dimitri Pozharski, héroe de la resistencia

Kuzmá Minin, mercader de Nizhni Nóvgorod, líder de la resistencia

Príncipe Dimitri Trubetskói, aristócrata y caudillo de los cosacos

Invasores extranjeros

Rey Segismundo III de Polonia
Príncipe y luego rey Ladislao de Polonia
Gustavo Adolfo, rey de Suecia

Los primeros Románov

Nikita Románovich Zakharín-Yúriev, hermano de Anastasia, primera esposa de Iván el Terrible
Su hijo, Fiódor Nikítich Románov, más tarde Filareto el clérigo
Xenia Shestova, más tarde Sor Marta, esposa de Fiódor
Su hijo, MIGUEL, el primer zar de la casa Románov, 1613-1645
Iván Románov, hermano de Fiódor, tío de Miguel, boyardo
Ana Khlopova, primera prometida de Miguel
María Dolgorúkaya, su primera esposa
Eudoxia Streshniova, su segunda esposa
Irina, zarevna, hija de Miguel y Eudoxia
ALEXÉI, hijo y heredero de Miguel y Eudoxia, zar 1645-1676

Cortesanos: ministros, etc.

Fiódor Sheremétev, primo de los Románov, boyardo y principal ministro
Mikhaíl Saltikov, primo de los Románov, copero y escudero real
Príncipe Iván Cherkaski, primo de los Románov de origen circasiano, boyardo
Príncipe Dimitri Cherkaski, primo de los Románov, de origen circasiano, boyardo
Príncipe Dimitri Pozharski, patriota y señor de la guerra, luego boyardo y comandante en jefe
Príncipe Dimitri Trubetskói, aristócrata y señor de la guerra cosaco, candidato a zar

Miguel no tenía ninguna prisa por desplazarse a Moscú, pero Moscú estaba ansiosa por verlo llegar. En la guerra civil, los contendientes por la supremacía —magnates de familia aristocrática, reyes extranjeros, caudillos cosacos, impostores y aventureros— habían intentado abrirse paso violentamente hacia la capital, ansiosos por hacerse con la corona. Pero Miguel Románov y Sor Marta no mostraban demasiado entusiasmo. No ha habido nunca un cortejo más triste, lloroso y melancólico que emprendiera la marcha en busca de un trono. Pero la situación de Rusia a comienzos de 1613 era terrible, y el trauma por el que estaba pasando era durísimo. El territorio comprendido entre Kostromá y Moscú era muy peligroso; Miguel tendría que atravesar aldeas en las que los cadáveres yacían tirados por las calles. Rusia era mucho más pequeña que la actual Federación Rusa; al norte, su frontera con Suecia estaba cerca de Nóvgorod, la de Polonia-Lituania estaba situada cerca de Smolensk; por el este, buena parte de Siberia estaba todavía por conquistar, y la mayor parte del sur seguía siendo el territorio del kanato de los tártaros. No obstante, era un país vastísimo, habitado por cerca de 14 millones de individuos, frente a los apenas 4 millones de la Inglaterra de la época. Pero Rusia casi se había desintegrado; el hambre y la guerra habían diezmando a su población; los polacos seguían persiguiendo al zar niño; Suecia y la Confederación de Polonia-Lituania reunían ejércitos para avanzar hacia el interior de Rusia; los señores de la guerra cosacos dominaban grandes extensiones de terreno por el sur y daban refugio a los pretendientes al trono; no había dinero; las joyas de la corona habían sido robadas; los palacios del Kremlin estaban en ruinas.

La transformación de la vida de Miguel debió de sufrir graves convulsiones: fue preciso reconstruir la corte del zar, cortesano a cortesano, cuchara de plata tras cuchara de plata, diamante a diamante. Indudablemente su madre y él tuvieron que sentirse aterrorizados ante la perspectiva de lo que los aguardaba en la capital y tenían buenos moti-

vos para estar angustiados. Pero a aquel adolescente de una familia noble sin título, cuyo padre se encontraba ausente, encerrado en una prisión extranjera, la grandeza se le vino encima sin buscarla; y esa grandeza se la debía, sobre todo, al primer patrono de la familia, Iván el Terrible.¹

Treinta años después de su muerte, Iván seguía proyectando su tremenda sombra sobre Rusia y sobre el joven Miguel. Por un lado Iván había expandido el Imperio Ruso, y por otro casi lo había destruido internamente. Primero había fomentado su esplendor y luego lo había emponzoñado: el suyo había sido un reinado de cincuenta años de triunfos y de locura. Pero su primera esposa, y también su favorita, la madre de su primera camada de hijos varones, había sido una Románov; y de paso se había convertido en fundadora de la fortuna de la familia.

El propio Iván era vástago de una familia real descendiente de Rúrik, un príncipe escandinavo cuasi-mítico, que en 862 había sido invitado por los eslavos y otras tribus locales a convertirse en su rey, convirtiéndose así en el fundador de la primera dinastía rusa. En 988, un descendiente de Rúrik, Vladímir, gran príncipe de Rus, se convirtió a la fe ortodoxa en Crimea, bajo la autoridad del emperador y el patriarca de Bizancio. Su confusa confederación de principados, la Rus de Kiev, mantenida unida por la dinastía Rúrika, acabaría extendiéndose casi desde el Báltico hasta el mar Negro. Pero entre 1238 y 1240 fue hecha añicos por los ejércitos mongoles de Gengis Kan y su familia, que durante sus dos siglos de dominación de Rusia permitieron a los príncipes ruríkidas gobernar algunos pequeños principados en calidad de vasallos. La idea que tenían los mongoles de un solo emperador universal por debajo de Dios y sus decisiones judiciales de una arbitrariedad brutal, quizá contribuyeran a generar la noción rusa de autocracia. Hubo mucha mezcla de sangre y muchos matrimonios mixtos con los mongoles: numerosas familias rusas célebres descendían de ellos. Paulatinamente los príncipes rusos empezaron a desafiar la autoridad mongola: Iván III el Grande, gran príncipe de Moscú, había unido a muchas ciudades de Rusia, en particular la república de Veliki («Gran») Nóvgorod, al norte, y Rostov, al sur, bajo la corona moscovita, y en 1480 tuvo un enfrentamiento decisivo con los kanes mongoles. Tras la caída de Bizancio en poder de los otomanos musulmanes, Iván reclamó el manto de adalid de la fe ortodoxa. Se casó además con la sobrina del último emperador bizantino, Sofía Paleóloga, lo que le permitió presentarse como heredero de los emperadores. Iván el Grande fue el primero en titularse «césar», término que fue rusificado como «zar», y su nuevo rango imperial per-

mitió a los monjes encargados de hacerle propaganda afirmar que había empezado a reunir de nuevo los territorios de Rus.* Su hijo, Basilio III, continuó su labor, pero el hijo de Basilio murió antes que él, de modo que fue su nieto, Iván IV, Iván el Terrible, como llegaría a ser llamado, el que lo sucediera en el trono cuando todavía era una criatura. Probablemente su madre muriera envenenada, de modo que el niño debió de quedar traumatizado cuando las rivalidades de los cortesanos estallaron de forma violenta, hasta convertirse en un joven tan carismático, dinámico e imaginativo como volátil e imprevisible.

En el momento de su coronación en 1547, cuando solo tenía dieciséis años, Iván fue el primer gran príncipe en ser coronado zar. El joven autócrata ya había emprendido la búsqueda ritual de esposa. Siguiendo una tradición que derivaba de los dos precursores del zarato —los kanes mongoles y los emperadores de Bizancio— convocó un concurso de novias. La elección de una esposa real significaba la ascensión al poder de nuevos clanes y la destrucción de otros. El concurso de novias tenía como finalidad reducir tanta turbulencia mediante la elección deliberada por parte del zar de una muchacha perteneciente a la pequeña nobleza. Fueron convocadas quinientas doncellas procedentes de todos los rincones del reino a aquel certamen de belleza renacentista, y la ganadora fue una joven llamada Anastasia Románovna Zakharina-Yúrieva, la tía abuela del joven Miguel.

Hija de una rama menor de un clan que estaba ya en la corte, Anastasia resultaba la candidata ideal, pues en su persona se combinaban una prudente distancia de los potentados más influyentes y una reconfortante familiaridad. Iván la conocía ya, pues un tío de la joven había sido uno de sus tutores. Era descendiente de Andréi Kobila, ascendido por el gran príncipe al rango de boyardo** en 1346-1347, pero su rama de la familia procedía del cuarto hijo de Andréi, el boyardo Fiódor, llamado Koshka, «el Gato». Cada generación era conocida por el nombre del varón de la generación anterior, de modo que los hijos del Gato fueron apodados Koshkin, denominación sumamente apropiada si tenemos en cuenta el talento felino de la familia Románov para la supervivencia. El bisabuelo de Anastasia, Zakhar, y su abuelo, Yuri, fueron

* El águila bicéfala probablemente fuera adoptada cuando los grandes príncipes aspiraran a igualar en rango a la dinastía de los Habsburgo. Y probablemente después los monjes empezaran a afirmar que el símbolo del águila bicéfala representaba a Roma y Constantinopla, capital del Imperio Romano de Oriente o Imperio Bizantino, convirtiendo de paso a Moscú en la tercera Roma.

** Los boyardos formaban el grado más alto de la nobleza y eran nombrados por el zar. Eso no tenía nada que ver con el título hereditario de príncipe, que por tradición el zar no tenía facultad de conceder. Los príncipes eran los descendientes de los

boyardos, pero su padre, Román, murió joven. No obstante, legó su nombre a los Románovich, que pasarían a ser llamados Románov.²

Poco después de su coronación, el 2 de febrero de 1547, Iván se casó con Anastasia. La boda fue todo un éxito. Anastasia le dio seis hijos, de los que sobrevivieron dos herederos varones, Iván y Fiódor, y por si fuera poco tenía el don de calmar su temperamento de lunático. Pero los imprevisibles ataques de delirio y los constantes viajes del monarca acabaron con ella. Al principio su reinado fue un gran éxito: Iván avanzó hacia el sureste al frente de una cruzada de cristianos ortodoxos cuyo objetivo era derrotar a los tártaros musulmanes, descendientes de Gengis Kan, que se habían dividido en múltiples kanatos menores. Primero conquistó los kanatos de Kazán y Astracán, triunfos que celebró con la construcción de la catedral de San Basilio, en la Plaza Roja. Envío a algunos mercaderes aventureros y a unos bucaneros cosacos para que comenzaran la conquista de las inmensas y ricas tierras de Siberia; llevó a Rusia a mercaderes y expertos europeos para que modernizaran Moscovia y se enfrentó a la Confederación de Polonia-Lituania para controlar las opulentas ciudades del Báltico. Pero aquella se convertiría en una larga guerra que minaría la sensatez del zar y la lealtad de sus poderosos magnates, muchos de los cuales mantenían sus propios vínculos personales con los polacos. Al mismo tiempo a menudo estuvo en guerra con la otra potencia de la región, el kanato de los tártaros de Crimea,[†] al sur.³

En 1553 Iván cayó enfermo. El hermano de su esposa, Nikita Románovich, intentó convencer a los cortesanos de que juraran lealtad al hijo del zar que todavía era un niño, pero los nobles se negaron porque favorecían a su primo, ya adulto, el príncipe Vladímir de Stáritsa. El zar se recuperó, pero siguió obsesionado con la traición de sus nobles y la actitud independiente del príncipe Vladímir y de los otros grandes próceres. En 1560, Anastasia falleció a los veintinueve años. Iván quedó consternado, pues tenía el convencimiento de que había sido envenena-

soberanos de las ciudades que Moscú había conquistado, a menudo oscuros vástagos del innumerable linaje de Rúrik, gran príncipe de Kiev, o de Gedimín, gran duque fundador de Lituania, o de los kanes tártaros. Algunos príncipes eran magnates riquísimos que poseían más de 40.000 hectáreas de tierra; pero muchos otros no eran ni ricos ni boyardos. Los títulos no siempre tenían importancia; los Románov habían sido boyardos, pero nunca habían sido príncipes.

† El kanato de Crimea, gobernado por la familia Giráy, descendiente de Gengis Kan, fue durante tres siglos una potencia europea intermedia, que se extendía desde el sur de Ucrania hasta el norte del Cáucaso, y cuya capital era Baktiserái, en Crimea. Su ejército de 50.000 arqueros a caballo era tan formidable que durante mucho tiempo los zares tuvieron que pagarle tributo. Sus kanes mantenían una estrecha alianza con los sultanes otomanos, a los que ayudaban a controlar el mar Negro.

da por sus nobles hostiles.* Puede que efectivamente fuera envenenada, pero también es posible que muriera de enfermedad o que fuera víctima de una medicina administrada con buenas intenciones. En cualquier caso, lo cierto es que la defección y las intrigas de sus magnates impulsaron a Iván a entrar en una espantosa espiral de violencia: de repente se retiró de Moscú a una fortaleza de provincias, desde la que dividió el reino entre su feudo privado, la *Opríchnina* —«Excepcional»—, y el resto del país. Dio rienda suelta a un grupo de fachendosos esbirros vestidos de negro, los *opríchniki*, que, montados en caballos negros adornados con una escoba y una cabeza de perro, signos con los que pretendían simbolizar su incorruptibilidad y su feroz lealtad, desencadenaron un auténtico reinado del terror. Mientras Iván siguiera dando tumbos en medio de incesantes accesos de crueldad sanguinaria, piedad religiosa, y excesos de la carne, no había nadie que estuviera a salvo. Su inestabilidad se vio exacerbada por la fragilidad de su dinastía: solo su hijo Iván parecía que pudiera sobrevivir hasta la edad adulta, pues Fiódor, el menor, no era muy fuerte. Era fundamental que volviera a contraer matrimonio, eventualidad que acabó convirtiéndose en una obsesión, como la de su contemporáneo, Enrique VIII. Mientras intentaba encontrar una esposa extranjera —una princesa de la dinastía reinante en Suecia y en Polonia con la esperanza de hacerse con el trono polaco, o una inglesa, posiblemente incluso la propia Isabel I—, Iván llegó a casarse con ocho mujeres, tres de las cuales quizá fueran envenenadas, y algunas de ellas quizá fueran incluso asesinadas por orden suya. Cuando en 1569 murió su segunda esposa, una princesa tártara, supuestamente víctima también de envenenamiento, perdió completamente los estribos, haciendo una purga entre sus ministros: les cortó la nariz y los genitales, se lanzó luego con un pelotón de *opríchniki* adornados con cabezas de perro contra las ciudades de Tver y Nóvgorod, mató prácticamente a todos sus habitantes, arrojando a sus víctimas sucesivamente en agua hirviendo, y luego en agua helada, colgándolas de ganchos que insertaba entre sus costillas, atando en reata a mujeres y niños y dejándolos a la intemperie bajo el hielo. Aprovechando las distracciones enloquecidas de Iván, el kan de los tártaros capturó e incendió Moscú.

Una vez que los *opríchniki* cumplieron sus órdenes, Iván volvió a unir el zarato, pero entonces abdicó y nombró gran príncipe de Rusia a un hijo del kan de los tártaros, previamente convertido al cristianismo,

* Cuando el cadáver de Anastasia fue analizado en el siglo xx, se descubrió que contenía peligrosos niveles de mercurio; pero lo mismo ocurrió con otros cuerpos del siglo xvi que fueron estudiados al mismo tiempo que el suyo. El mercurio era utilizado a menudo como medicina.

antes de volver a instalarse en el trono. Había cierto método en toda aquella locura: las crueldades de Iván mitigaron el poder de los magnates territoriales, aunque ellos también se caracterizaran por disfrutar con el singular sadismo de su personalidad diabólica. El hermano de Anastasia, Nikita Románovich, seguía siendo el tío de los herederos al trono, pero los Románov no estaban más a salvo de las iras del zar que cualquier otro linaje. En 1575 al menos un Románov fue asesinado y las tierras de Nikita fueron assoladas.

En un concurso de novias celebrado en 1580, Iván escogió una nueva esposa, María Nagaya, que le dio el hijo varón que tanto ansiaba, Dimitri. Pero en 1581, mató en un acceso de cólera a su primogénito, Iván, fruto de su casamiento con Anastasia, clavando su bastón rematado por una contera de acero en la cabeza del muchacho, acto execrable que marcó el punto culminante de su reinado. Ya había arruinado a Rusia, pero ahora la condenaba al caos, pues los herederos al trono eran el otro hijo que le había dado Anastasia, Fiódor, débil y de pocas entendederas, y el pequeño Dimitri, todavía niño.

A la muerte de Iván el Terrible en 1584, Nikita Románovich se las arregló para asegurar la sucesión de su sobrino, Fiódor I. Pero Nikita murió poco después y su influencia pasó por herencia a su hijo, Fiódor Nikítich Románov, el futuro padre de Miguel.

El zar Fiódor dejó el gobierno en manos de su hábil ministro Borís Godunov, que había ascendido tras formar parte del cuerpo de *opríchniki* de Iván y había sabido consolidar su poder casando a su hermana con el zar. El último heredero Ruríkida fue el hijo menor de Iván, Dimitri, de apenas ocho años, que no tardó en desaparecer de escena. Oficialmente murió de una cuchillada en el cuello, que él mismo se habría infligido durante un ataque epiléptico. De haber ocurrido las cosas realmente así, habría sido un accidente extrañísimo, pero inevitablemente muchos creyeron que o bien había sido asesinado por Godunov o bien lo habían hecho desaparecer para su propia salvaguardia.

Cuando el zar Fiódor murió sin hijos en 1598, la estirpe moscovita de la dinastía Ruríkida se extinguió.⁴

Había dos candidatos al trono: el ministro y cuñado de Fiódor, Borís Godunov, y Fiódor Románov, el sobrino mayor de la difunta zarina Anastasia e hijo de Nikita Románovich, famoso por ser el boyardo mejor vestido de la corte. Fiódor Románov se casó con Xenia Shestova, pero de sus seis vástagos, entre ellos cuatro hijos varones, solo sobrevivieron una niña y un niño: el futuro zar Miguel nació en 1596 y probablemente se criara en una mansión situada cerca de la Plaza Roja,

en la calle Varvarka.* Fue colmado de regalos, pero su infancia no fue estable durante largo tiempo.

Godunov fue elegido zar por una Asamblea de la Tierra, así que se convirtió en lo más parecido a un monarca legítimo tras la extinción de la dinastía reinante, contando incluso al principio con el respaldo de Fiódor Románov. Godunov era un hombre que tenía muchas dotes, pero la fortuna es fundamental en política y él fue un hombre poco afortunado. Su hazaña más duradera tuvo lugar en los confines orientales de su reino, donde los aventureros cosacos enviados por él lograron conquistar el kanato de Sibr, abriendo así el camino hacia la inmensidad de Siberia. Pero el territorio de Rusia propiamente dicha sufrió de hambrunas y enfermedades, mientras que la mala salud de Borís socavó la tenue autoridad de que gozaba.

Fiódor Románov, cuyas intrigas y fugas harían gala de la agilidad de sus antepasados de naturaleza felina, contribuyó a propagar los fatales rumores que hablaban de que el hijo menor de Iván el Terrible, Dimitri, había logrado escapar y seguía vivo. Se acercaba el enfrentamiento decisivo y los Románov llevaron a Moscú a los militares que tenían a su servicio. Cuando Miguel Románov tenía solo cinco años, el mundo en el que había vivido hasta entonces fue hecho añicos.

En 1600, Godunov se lanzó contra Fiódor y sus cuatro hermanos, que fueron acusados de traición y brujería; sus criados prestaron testimonio bajo tortura y aseguraron que practicaban la hechicería y que escondían «hierbas ponzoñosas». El zar Borís quemó uno de sus palacios, confiscó sus haciendas y los desterró al Ártico. Para asegurarse de que Fiódor Románov no pudiera ser nunca zar, le obligó a tomar las órdenes sagradas, adoptando como sacerdote el nombre de Filareto, mientras que su esposa se hizo monja y se convirtió en Sor Marta. Miguel fue enviado a vivir con su tía, la esposa de un hermano de su padre, Alejandro Románov, en la remota localidad de Belozersk. Allí permaneció quince meses espantosos antes de que se le permitiera trasladarse en compañía de su tía a una hacienda de los Románov a casi 100 kilómetros de distancia de Moscú. Tres de los cinco hermanos Románov fueron hechos desaparecer o murieron misteriosamente. «El zar Borís se deshizo de todos nosotros», recordaría más tarde Filareto. «A mí me había obligado a adoptar la tonsura, y había matado a tres de mis hermanos, estrangulados por orden suya. Ya no me quedaba más

* En 1856, un descendiente suyo, el emperador Alejandro II, compró el edificio sito en dicho lugar a un monasterio vecino para celebrar en él su coronación. La mayor parte de la casa data de fecha muy posterior, pero sus cimientos son del siglo xv. Es muy probable que Miguel Románov se criara en ella.

que un hermano, Iván.» Godunov no podía matar a todos los Románov, habida cuenta de la particular relación que mantenían con los zares Ruríkidas, no al menos después del sombrío fallecimiento del zarévich Dimitri. La desaparición de los niños de la familia real a manos de sus parientes sedientos de poder es una forma muy conveniente de acabar con el propio poder de los que lo ansían.

La campaña de murmuraciones se propagó por todo el país y convenció a muchos de que el heredero real de los Ruríkidas, el zarévich Dimitri, había salido adelante en Polonia y estaba ahora dispuesto a reclamar el trono; aquellos rumores desencadenarían el caos de la Época de Turbulencias.

El primer pretendiente al trono no era, casi con toda certeza, el verdadero Dimitri, pero ni siquiera hoy día hay nadie seguro de su verdadera identidad, de ahí que habitualmente se le llame el Falso Dimitri. Quizá fuera un monje renegado que había vivido en el Kremlin, donde aprendió lo que era la vida de la corte. Dimitri probablemente fuera educado para creer que era el verdadero príncipe y eso le dio una fe inquebrantable en su destino. En octubre de 1604, mientras a Godunov se le escapaba el poder entre los dedos, el Falso Dimitri, apoyado por los polacos y ayudado por un ejército reforzado con filibusteros cosacos,* marchó sobre Moscú. Teniendo en cuenta la febril veneración que sentía el pueblo de Rusia por sus monarcas sagrados, la resurrección o la supervivencia del zar legítimo parecía un milagro semejante a los de Jesucristo. Godunov murió de una hemorragia cerebral y fue sucedido por su hijo, Fiódor II. Pero el muchacho pereció degollado antes de que el misterioso pretendiente tomara la ciudad.⁵

* Los cosacos, cuyo nombre deriva de la palabra turca y árabe *kazak*, que designa al aventurero o filibustero, eran originariamente guerreros tártaros, pero en el siglo XVI constituían principalmente comunidades eslavas que se habían establecido en los territorios fronterizos de Moscovia, Tartaria y Polonia, viviendo de la caza, la pesca y el bandolerismo. Las guerras entre tártaros, rusos y polacos les dio la oportunidad de luchar como mercenarios y saqueadores independientes (inicialmente como soldados de infantería, y luego combatiendo en flotillas de embarcaciones llamadas *chaika* —gaviotas—, aunque más tarde acabarían convirtiéndose en soldados de caballería). En la Época de Turbulencias, los cosacos, unos luchando al lado de los polacos, y otros en los distintos bandos enfrentados en la guerra civil, se convirtieron en los árbitros del poder. De hecho fueron decisivos para la elección de Miguel Románov. La opresión cada vez mayor de los campesinos, impuesta por los zares y los terratenientes, dio lugar al tipo de esclavitud llamada servidumbre e indujo a miles de ellos a refugiarse en comunidades cosacas, hermandades de orgullosos hombres libres que elegían a su propio líder, el llamado *hetman* (en ucraniano) o *atamán* (en ruso).

El 20 de junio de 1605, el Falso Dimitri hizo su entrada triunfal en Moscú. La última esposa de Iván el Terrible, la madre del verdadero Dimitri, lo reconoció como al hijo que llevaba tanto tiempo perdido. Aquel farsante descarado fue coronado zar, pero, en su desesperado intento de reconciliar a los distintos apoyos con los que contaba, polacos y rusos, ortodoxos y católicos, boyardos y cosacos, mandó volver a la corte a los hermanos Románov y nombró a Filareto metropolitano de Rostov, un ascenso que lo obligaba a permanecer lejos de Moscú. Miguel, a la sazón de diez años de edad, y su madre se trasladaron con Filareto a Rostov.

El zar se enamoró de la hija de su protector polaco, Marina Mnízech, a la que tomó por esposa y coronó en la catedral de la Dormición. El hecho de que la joven fuera polaca y católica acabó con el aura de misterio que rodeaba al monarca, y la gente no tardó en sentir auténtico aborrecimiento por ella y en llamarla «Marinka la Bruja». Nueve días después, a las cuatro de la madrugada, los boyardos hicieron repicar las campanas y rodearon el palacio. Dimitri intentó huir saltando por una ventana, pero se rompió una pierna y fue tiroteado, recibiendo además por lo menos veintiuna puñaladas. Obligados a decidir quién iba a ser el próximo zar, los boyardos sopesaron las pretensiones de los Románov, teniendo en cuenta su relación con la dinastía legítima. Uno de los hermanos, Iván, carecía de popularidad, y el otro, Filareto, era monje, así que solo quedaba el hijo de este último, Miguel. Pero era demasiado joven. Finalmente, el cabecilla de los golpistas, Basilio Shúiski, miembro de otra rama de la dinastía Ruríkida y conspirador incansable, pero incompetente, fue elegido zar con el nombre de Basilio IV, mientras que Filareto era nombrado patriarca de la Iglesia Ortodoxa.

El cuerpo cosido a puñaladas y destripado del Falso Dimitri fue exhibido desnudo: «Le habían vaciado el cráneo y su cerebro yacía junto a él», le metieron por la boca la gaita de un juglar para dar a entender que estaba tocando la música del diablo y expusieron a la vista del público sus genitales junto con el resto de sus vísceras. Filareto Románov conspiró contra Basilio IV hasta que fue destituido y recibió la orden de regresar a su sede episcopal de Rostov.

El fantasma del zarévich Dimitri todavía vivo rondaba por todo el país. Las reservas de fe popular en la dinastía extinta de Iván el Terrible eran muy profundas: más de diez aventureros distintos se pusieron al frente de otros tantos ejércitos afirmando ser hijos o nietos de Iván. Pero uno de esos pretendientes, un segundo Falso Dimitri, más misterioso aún que el primero, se convirtió en una verdadera amenaza.

Un antiguo maestro que hablaba fluidamente polaco y ruso, posiblemente un judío converso, avanzó hacia Túshino, a las afueras de

Moscú, donde se unió a él Marinka la Bruja, viuda del Falso Dimitri Primero. Cuando vio al burdo Falso Dimitri Segundo, apodado el «Bandolero», sintió un escalofrío. No tenía más remedio que reconocerlo como su marido. Luego contrajeron matrimonio; en secreto, por supuesto, pues si el Bandolero hubiera sido realmente el Falso Dimitri ya habrían estado casados. Marinka no tardó en quedar embarazada.

Mientras tanto, Filareto se había reunido con su exesposa, Marta, y su hijo, Miguel, en Rostov; pero sus penalidades no habían acabado. En Moscú, el zar Basilio Shúiski estaba perdiendo la guerra frente al Bandolero, de modo que pidió ayuda al rey de Suecia, que invadió Rusia y ocupó Nóvgorod.

Los cosacos del Bandolero conquistaron el sur y avanzaron hacia Rostov, donde Filareto organizó la defensa de la ciudad hasta octubre de 1608, cuando fue hecho prisionero. El Bandolero lo nombró patriarca. La desintegración de Rusia resultaba una tentación irresistible para sus vecinos polacos y suecos, que rivalizaban por la consecución del poder en el Báltico, y tanto unos como otros mantenían estrechos vínculos con los boyardos y mercaderes rusos. Iván el Terrible había sostenido una guerra de veinticuatro años contra ambos reinos para hacerse con el control del Báltico y de la propia Polonia. El reino de Polonia y el gran ducado de Lituania se habían unido recientemente para formar un nuevo Estado enorme, del que formaban parte casi toda la actual Polonia, Ucrania, Bielorrusia y los Países Bálticos. Es indudable que el diabólico saqueo de Nóvgorod por Iván el Terrible persuadió a esta ciudad mercantil de que iban a irle mejor las cosas si quedaba bajo la dominación de los suecos. De modo que fue inevitable que estas dos potencias emergentes se vieran tentadas de devorar los despojos de Rusia.

Mientras los suecos se zampaban Nóvgorod y el norte, el rey de Polonia, Segismundo III, se vio arrastrado contra su voluntad a la guerra por las intrigas de sus propios magnates y la necesidad de frenar a Suecia. El Bandolero huyó al sur, mientras que Basilio IV fue destrozado en el curso de un golpe de Estado encabezado por los siete boyardos principales, entre ellos Iván Románov: el ex zar fue obligado a hacerse monje y posteriormente moriría en una cárcel polaca. Se celebró una reunión para elegir un nuevo zar. Filareto propuso a Miguel. Pero cuando llegó la noticia de que el Bandolero había reclutado un nuevo ejército cosaco en el sur, los boyardos decidieron que necesitaban un adulto respaldado por un ejército y eligieron zar a Ladislao, hijo del rey de Polonia.

La propia Moscú fue ocupada por mercenarios polacos, que saquearon los tesoros reales del Kremlin. Filareto fue enviado a negociar

con el rey de Polonia, dejando a Miguel en el Kremlin, ocupado por los polacos, en compañía de su tío Iván.

Filareto, que al parecer se había comprometido sinceramente a reconocer a un zar polaco, se reunió con el rey Segismundo a las afueras de Smolensk y exigió que Ladislao se convirtiera a la fe ortodoxa, pero los polacos no vieron motivos suficientes para que su príncipe renunciara al catolicismo. Filareto fue detenido y encerrado en una cárcel de Polonia mientras que, deseosa de frenar al candidato polaco, Nóvgorod proponía que el rey de Suecia, Gustavo Adolfo, se convirtiera en zar de Rusia. Daba la impresión de que Rusia estaba irremisiblemente condenada hasta que en diciembre de 1610, a falta de un zar, el jefe de la Iglesia Ortodoxa, el patriarca Hermógenes, se atrevió a alzar la voz y convocó una guerra santa nacional contra los invasores extranjeros. Capturado por los polacos, Hermógenes pagó su osadía con la vida, pero de esta sublevación vino la elección del zar de la casa Románov.

Al llamamiento de Hermógenes respondió en Nizhni Nóvgorod una coalición de patriotas y aventureros. El Bandolero había sido asesinado por sus propios guardias de corps en venganza por una de sus múltiples atrocidades, pero sus pretensiones no habían cesado. Marinka la Bruja, la zarina polaca de los dos Falsos Dimitris, dio luz a un niño. Bajo la bandera de este nuevo pretendiente todavía en pañales, llamado el «Pequeño Bandolero», Marina y sus cosacos corrieron a unirse a la milicia en Nizhni Nóvgorod. En marzo de 1611 esta insólita alianza marchó sobre Moscú. En el curso de violentísimos combates, los polacos incendiaron Moscú y se retiraron al Kremlin, donde retuvieron como prisioneros a Miguel y los boyardos. Pero la milicia no logró derrotar a los polacos y se disgregó.

Por último, en el otoño de 1611, de nuevo en Nizhni Nóvgorod, un militar especialmente capacitado, perteneciente a la nobleza mediana, el príncipe Dimitri Pozharski, y un mercader local, Kuzmá Minin, reunieron un ejército de liberación nacional y avanzaron sobre Moscú, respaldados por un señor de la guerra de orígenes aristocráticos y antiguo partidario del Bandolero, el príncipe Dimitri Trubetskói, mientras que Marinka la Bruja y el Pequeño Bandolero huían al sur.

Los patriotas derrotaron a los polacos, cortaron sus líneas de aprovisionamiento y luego pusieron sitio al Kremlin, donde los polacos y los boyardos empezaron a morir de hambre. Los cadáveres yacían abandonados alrededor de la fortaleza; un mercader encontró un saco lleno de cabezas y extremidades humanas cerca de las murallas. Miguel Románov permaneció en el interior de aquel matadero junto con

su madre. Finalmente, el 26 de octubre de 1612, los boyardos, y con ellos el joven Miguel Románov, salieron del Kremlin, y los polacos se rindieron: la mayoría de ellos fueron masacrados. Aparte del Pequeño Bandolero que seguía en el sur, la guerra civil había acabado.

Los patriotas convocaron inmediatamente una Asamblea de la Tierra para elegir un nuevo zar que salvara a la madre patria. Pero los boyardos, que se habían librado por los pelos de morir sacrificados a manos de los cosacos, recibieron el aviso de que, en castigo por su traición, no debían aparecer por la Asamblea. Felices de haber salido vivos, Miguel Románov y su madre desaparecieron en el campo y buscaron refugio en el monasterio Ipátiev. Nadie sabía dónde habían ido a parar. Y al principio a nadie le preocupó lo más mínimo. Los Románov, tachados de colaboradores, seguramente habían desaparecido para siempre.⁶

Ochocientos delegados se presentaron en el Kremlin, que había quedado reducido a ruinas, en el gélido mes de enero de 1613: acamparon en los salones sin techo y unas veces se reunieron en el Palacio del Río, y otras en la catedral de la Dormición. Ayunaron con la esperanza de recibir inspiración divina, pero siguieron divididos: los magnates apoyaban al príncipe Carlos-Felipe, hermano del rey de Suecia, mientras que la pequeña nobleza y los cosacos insistían en elegir un zar ruso. El príncipe Pozharski era el héroe del momento, pero no era boyardo, y su familia no era ni rica ni ilustre. Los cosacos propusieron a su líder, el príncipe Dimitri Trubetskói, que era un vástago de la familia real lituana y un filibustero de éxito, pero a juicio de todos los demás estaba mancillado por su estrecha relación con el Bandolero.

Una vez rechazados todos estos candidatos, el atamán de los cosacos del Don propuso a Miguel Románov. Se alzaron voces de protesta que decían que era demasiado joven. La asamblea rechazó su candidatura por mayoría. Entonces se presentó una nueva petición que proponía a Miguel, que no tardó en encontrar apoyos como el mejor candidato para todos: resultaba atractivo para los boyardos conservadores por ser primo de los últimos zares legítimos, y también para los cosacos porque su padre había sido el patriarca del Bandolero. Era demasiado joven para tener enemigos personales o para culparle de haber colaborado con los polacos, como había hecho su tío; y la ausencia de su padre significaba que no había nadie que lo controlara. Era un títere intachable.

El 7 de febrero, los cosacos ganaron la votación a favor de «nuestro zar legítimo Miguel Fiódorovich», pero algunos boyardos que habían acudido a la Asamblea se mostraron favorables al sueco. Los cosacos

rodearon sus palacios, acusándolos de estar vendidos a los extranjeros. La multitud apoyó al muchacho inocente. Los boyardos propusieron elegir a Iván Románov en un intento de frenar la candidatura de Miguel, pero este a su vez propuso al más rico e ilustre de los boyardos, propietario de casi 55.000 hectáreas de terreno, el príncipe Dimitri Mstislavski, que se negó a aceptar.* Los primos de Miguel, Fiódor Sheremétev y el príncipe Dimitri Cherkaski, promovían su candidatura, pero ni siquiera ellos estaban entusiasmados con la figura del chico. Miguel apenas sabía leer y escribir, era enfermizo y poco inteligente, pero al menos su dominante padre, Filareto, estaba en cautividad y el arrogante Trubetskói fue comprado al precio de unas fincas enormes y de títulos semiregios. «Nombremos a Misha Románov», escribió Sheremétev, «pues todavía es joven y aún dista mucho de ser sabio; será muy conveniente para nuestros propósitos». Pero fueron los cosacos los que impusieron la decisión, como dijo a Filareto un noble polaco: «Los cosacos del Don hicieron soberano a tu hijo».

La decisión debía ser unánime. Al cabo de dos semanas, la Asamblea ayunó otros dos días y por fin, el 21 de febrero, sus miembros votaron uno tras otro a favor de Miguel. Fuera del Kremlin, en la Plaza Roja, la multitud seguía esperando, hasta que el metropolitano de Riazán, Teodoreto (Fiodorit), subió a la tribuna y gritó: «¡Miguel Fiódorovich Románov!». De ese modo, por aclamación popular y por elección, como si fuera un caudillo cosaco, fue nombrado zar Miguel. Pero todos sabían que había que olvidar y eliminar aquellos toscos chanchullos: solo la bendición de Dios podía crear un verdadero zar. Y además había otro problema: ¿Dónde estaba el nuevo zar? Nadie lo sabía con exactitud.

En cuanto los rumores acerca de Miguel llegaron a oídos de los polacos, enviaron a unos cosacos a matarlo. Se hallaba en algún lugar en los alrededores de Kostromá. Los sicarios peinaron la zona y se enteraron de que un campesino llamado Iván Susanin sabía dónde estaba. «Mientras nos, el Gran Soberano, nos encontrábamos en Kostromá», escribiría Miguel más tarde, «los polacos y los lituanos entraron en la

* Dos de los candidatos más obvios se hallaban ausentes: el padre de Miguel, Filareto Románov, y el príncipe Vasili Golitsin, presos ambos en Polonia. Filareto fue descartado porque era clérigo, pero las credenciales de Golitsin —descendiente real de Gedimín, el gran duque fundador de Lituania, boyardo, poseedor de extraordinarias riquezas y de un gran prestigio personal— eran impecables. De haber estado presente, la historia que estamos escribiendo sería la de la dinastía Golitsin y no la de los Románov; salvo que un linaje tan portentoso probablemente no atraía en absoluto a los cosacos, que dominaban la votación.

comarca y Susanin los despistó y ellos lo torturaron con grandes e inmensos tormentos para que les revelara dónde estaba el Gran Soberano. Pero Iván, aunque lo sabía todo sobre nos, sufrió en silencio, sin decir nada, de modo que lo torturaron hasta la muerte».*

Pero Miguel seguía sin estar al tanto de lo que pasaba. El 2 de marzo de 1613, la delegación salió de Moscú con la misión de encontrar a su zar, pero, como vimos en el Prólogo, cuando le ofrecieron el trono, su madre exclamó que «nunca habían querido ser zares. Miguel no era lo bastante mayor y gentes de toda laya habían traicionado pecaminosamente a otros soberanos anteriores, y por eso era por lo que tales pecados habían hecho que Moscovia perdiera la bendición de Dios. Y viendo tanta traición, tantas mentiras, vergüenza y asesinatos y ofensas cometidas contra otros soberanos anteriores, ¿cómo cabía pensar que iba a ser tratado incluso un verdadero zar después de tanta doblez y tanta traición?»

A medida que fueron desarrollándose las negociaciones, los argumentos de Sor Marta fueron haciéndose más prácticos y centrados: «El padre del chico, Filareto, estaba oprimido» en una prisión polaca. ¿Castigaría el rey de Polonia al padre del muchacho? ¿Y cómo iba a aceptar este el trono sin permiso de su padre?

Los delegados habían recibido instrucciones para que, si Miguel se mostraba reacio, «le rogaran de todos los modos posibles que tuviera compasión y fuera su zar, pues por medio de aquella elección Dios lo había escogido». Marta se preguntaba cómo iban a poder pagar a un ejército en un país arruinado. ¿Cómo iba a ser coronado si las coronas habían sido robadas? ¿Cómo iban a llegar a Moscú atravesando aquellos yermos infestados de bandoleros?

Los próceres respondieron que nadie traicionaría a Miguel Románov, pues era el heredero del último zar verdadero, Fiódor, cuya madre era una Románov. Todos los estamentos lo habían elegido unánimemente. Y ellos se las arreglarían para liberar a su padre. Esto último convenció a los Románov. Miguel aceptó.

En la lejana Polonia, su padre, Filareto, fue informado de que su hijo había sido elegido zar. Se puso furioso por el hecho de que el mu-

* La verdad sobre la historia de Iván Susanin está atestiguada por el rescripto del zar Miguel publicado justo seis años después. Aquel fue el comienzo de un mito oficial de los Románov. Nicolás I desempeñó un papel especial en su hermoejamento. Cuando el compositor Glinka creó su ópera *Iván Susanin*, Nicolás I cambió su título por el de *Una vida por el zar*, que dejaba bien claro su significado, y la convirtió en un himno semioficial de los Románov. (La ópera en cuestión acabaría siendo una de las favoritas de Stalin.) Los descendientes de aquel campesino leal hasta la heroicidad fueron invitados a la ceremonia de coronación de todos los Románov hasta la de Nicolás II en 1896, y se les tributaron honores especiales con motivo del tricentenario de la dinastía en 1913.

chacho hubiera aceptado el puesto sin su permiso. «¡Cuando lo dejé, era tan joven y estaba tan desprovisto de familia!» Y encogiéndose de hombros añadió: «¿Qué iba a hacer mi hijo?».⁷

Mientras el cortejo avanzaba hacia Moscú, Miguel no cesaba de quejarse a cada paso. El 19 de abril se detuvo en Yaroslavl, donde de nuevo fue presa del pánico.

—Ni siquiera había entrado nunca en nuestros pensamientos la posibilidad de reinar sobre tantos y tan grandes reinos. Ni siquiera somos de edad madura. El reino moscovita está en ruinas y el pueblo de Moscovia es tan corto de entendederas debido a sus pecados... ¿Cómo iban a irle las cosas en Moscú a un soberano hereditario legítimo, por no decir cómo iban a irme a mí?

—Tened compasión de nosotros, pobres huérfanos, Gran Soberano —replicaron los magnates, rogando al zar que se diera prisa.

Miguel se entretuvo en Yaroslavl, donde «los cosacos nos importunan constantemente y además no tenemos nada. ¿Cómo vamos a pagar a nuestros soldados? ¡Cabe esperar que los lituanos y los suecos no tarden en presentarse!». Y necesitaba las insignias reales: sin eso, sería como un emperador sin manto.

El 17 de abril finalmente reanudó el viaje. «Avanzamos lentamente con pocos medios de transporte, y nuestros servidores se hallan en malas condiciones, mientras que nuestros mosqueteros y cosacos tienen que viajar a pie», comunicaba en tono quejumbroso a la Asamblea. Y «ni siquiera han venido muchos de mis cortesanos». Cuando llegó al monasterio de la Trinidad, cerca de Moscú, especificó qué aposentos del Kremlin quería que repararan para él y para su madre. El 28 de abril, su madre y él tuvieron una rabieta tremenda en público. El metropolitano Teodoreto y el boyardo Fiódor Sheremétev escribieron urgentemente a Moscú comentando que «el soberano y su madre hablaron llenos de cólera y llorando ante todos los estamentos reunidos en el monasterio».

—Nos rendisteis pleitesía y dijisteis que entraríais en razón y haríais cesar el bandolerismo, pero hablasteis falsamente —exclamó la madre.

—Nosotros, como esclavos vuestros que somos —respondieron los señores de la guerra, Pozharski y Trubetskói—, hemos soportado el hambre, las escaseces y los duros asedios. Ahora hay con nosotros fuera de Moscú muchos que os piden, soberano nuestro, que os dignéis mostraros ante su presencia.

En otras palabras, ya era hora de que cesaran los lloros.

El 2 de mayo Miguel entró en la ciudad santa en medio del repicar de las campanas de todas las iglesias. Moscú era considerada por los rusos su capital sagrada, una nueva Jerusalén. Incluso en aquella época de fervor religioso, los extranjeros se asombraban de la piedad ritualista de los rusos y de su severo código de conducta. Los rusos llevaban barba larga, como sagrado tributo a Dios, y vestían largos ropajes, cafetanes, con mangas recogidas que llegaban casi al suelo, e iban tocados con gorros de marta cibelina o de piel de zorro negro. Estaban prohibidos los instrumentos musicales y fumar, y las damas nobles, casadas y solteras, vivían recluidas en su *térem* familiar, los aposentos privados de las mujeres de Moscovia, donde permanecían cubiertas con pesados velos y escondidas a la vista de los extraños. Pero nada de eso impedía la práctica del pasatiempo nacional, la bebida. A las mujeres podía vérselas tiradas por la calle, totalmente borrachas.

Miguel entró con su séquito en las 25 hectáreas del Kremlin, la fortaleza, palacio y explanada sagrada de esta Nueva Jerusalén, que en aquellos momentos daba pena mirar. Los escombros yacían amontonados en las plazas; sillas y camas habían sido utilizadas como leña; los palacios habían sido usados como depósitos de cadáveres, en los que se amontonaban los cuerpos de los fallecidos durante los largos asedios que había sufrido la ciudadela. El laberíntico complejo de residencias reales —el Palacio de los Térem, construcción de tres pisos de madera, con su salón del trono decorado con frescos dorados, la Cámara Dorada y el palacio anexo de las Facetas— estaba siendo reparado de prisa y corriendo para que estuviera listo para la ceremonia de la coronación. (Las modificaciones del nuevo zar, que añadió dos pisos de piedra destinados a vivienda de la familia real, tardarían tres años en ser concluidas.) Durante los primeros meses, Miguel se instaló en los palacios de sus nobles, que tradicionalmente tenían su residencia dentro del Kremlin.

El Kremlin había sido fundado en la colina situada entre los ríos Moscova y Neglínnya como residencia del príncipe a mediados del siglo XII, en una época en la que Moscú era una ciudad de menor importancia comparada con los principados rusos más destacados, Vladímir y Rostov, y con la república de Gran Nóvgorod. En 1326, Iván I, llamado Escarcela, construyó la catedral de la Dormición, donde eran coronados los grandes príncipes, y la catedral del Arcángel san Miguel, donde eran enterrados. Iván había sido el promotor de Moscú como centro de la autoridad religiosa y real, pero Iván el Grande fue el verdadero creador del Kremlin tal como lo habría conocido Miguel. Asesorado por su esposa educada en la cultura de Italia, la princesa bizantina Sofía Paleóloga, Iván contrató a grandes maestros del Renacimiento italiano para que reconstruyeran ambas catedrales, levan-

tó el Campanario de Iván el Grande, edificó el Palacio de las Facetas, y fortificó la acrópolis con sus murallas rojas almenadas que actualmente parecen tan rusas y que por entonces eran consideradas exóticamente italianas.

Miguel recorrió en procesión el Monte del Templo de su recinto sagrado, y se detuvo a orar en la catedral de la Dormición, rematada por cinco cúpulas doradas, donde recibió el juramento de lealtad de sus súbditos. El mozalbete debía asumir el carisma sagrado de la monarquía y solo había una forma de hacerlo: a través de los rituales de la coronación. La monarquía había dejado de existir: la coronación transformaría a Miguel y haría de él la personificación de su restauración. Pero aquel momento místico comenzó con un ruidoso altercado profano.⁸

La mañana del 11 de julio de 1613, el día antes de que cumpliera diecisiete años, el zar niño recibió a los boyardos en la Cámara Dorada, pero la reunión no tardó en degenerar en una disputa sobre derechos de precedencia, concepto que mezclaba la alcurnia familiar y la duración de los servicios prestados, cuestión que en aquella corte recién restaurada tenía una importancia primordial. Miguel ordenó que las reglas de precedencia se dejaran de lado durante la coronación, pero cuando su secretario anunció que su tío, Iván Románov, sería el que llevara la corona, y no el príncipe Trubetskói, el arrogante señor de la guerra que había querido ser zar, este se negó a permitirlo, pues su linaje era más antiguo.

—Es cierto, vuestro linaje es más antiguo que el de Iván Románov —respondió Miguel—, pero hoy debe atribuírsele a él un rango superior, pues es mi tío.

Trubetskói se avino a regañadientes a ser él quien llevara el cetro, en vez de la corona.

A las dos en punto de la tarde, Miguel, vestido con los ropajes dorados de estilo de bizantino, previamente bendecidos por el metropolitano Efrén (el clérigo de mayor rango; no había patriarca, pues Filareto, el padre del zar, continuaba en prisión), entró en el Palacio de las Facetas. Los boyardos se postraron ante la figura frágil del muchacho.

En medio del repicar de las treinta y tres campanas del Kremlin, los cortesanos y los boyardos, llevando sobre unos cojines de color escarlata la corona, el globo crucífero (portado por Pozharski), el cetro y la salvilla, que formaban las insignias reales recientemente fabricadas, salieron del Pórtico Rojo, hicieron tres reverencias, bajaron en procesión por la Escalinata Roja, y cruzaron la Plaza de las Catedrales en dirección a la iglesia de la Dormición. Llegó entonces el arcipreste de

la catedral asperjando agua bendita, para asegurarse de que Miguel pisaba solo suelo sagrado. El zar entró en la catedral al canto del himno «Muchos años», acompañado de instrumentos musicales, toda una novedad por cuanto no se utilizaba ninguno en los oficios religiosos ortodoxos. Cuando se detuvo ante las imágenes del iconostasio dorado, Efrén pidió la bendición de Dios. Llegó entonces el turno de Miguel y el muchacho, que hasta entonces no había tomado parte en semejante ceremonia, y por supuesto no había hablado nunca oficialmente en público, declaró que Rusia había tenido que pasar por unas pruebas durísimas durante los quince años transcurridos desde la muerte del último zar legítimo, su primo Fiódor, hijo de Iván el Terrible. Ahora los rusos debían restaurar la paz y el orden.

Efrén puso una reliquia que llevaba una astilla de la Veracruz en torno al cuello del muchacho, a continuación santiguó su frente y pronunció la bendición, como si estuviera ordenando a un sacerdote, en un acto de consagración. Luego colocó en su cabeza la Corona (o Gorro) de Monómaco, ribeteada de piel, y adornada con rubíes y esmeraldas, y le entregó el globo y el cetro. Miguel se sentó en el trono de Monómaco. El gorro no había sido nunca propiedad del emperador bizantino Constantino Monómaco, al que debía su nombre, sino que era un casco real mongol, adaptado en el siglo xiv, mientras que el trono de madera, esculpido con figuras de leones y escenas bizantinas, había sido fabricado en realidad para Iván el Terrible. Efrén proclamó a Miguel gran príncipe, zar y soberano autócrata de Rusia. Luego Miguel se quitó la corona, la colocó en la salvilla de oro y se la pasó a su tío Iván Románov, entregando el cetro de Trubetskói (que había protestado por el orden seguido a lo largo de la ceremonia) y el globo a su primo Shermétev. Su cabeza fue ungida entonces con los santos óleos que le conferían el carisma sagrado. Entonces, según el ritual seguido por todos los zares hasta 1896, salió y se dirigió a la catedral contigua del Arcángel, para orar ante las tumbas de Iván el Terrible y Fiódor, mientras que el príncipe Mstislavski arrojaba por tres veces monedas sobre el zar para celebrar la prosperidad del novio de Rusia. Lo cierto era que el monarca se hallaba en una situación penosa.⁹

Miguel estaba rodeado de boyardos quisquillosos, algunos de los cuales habían aspirado incluso al puesto de zar. Los reyes de Suecia y de Polonia estaban reuniendo ejércitos para aplastarlo; el kan de los tártaros asolaba el sur y el Pequeño Bandolero, el falso nieto de Iván el Terrible, tenía una corte en Astracán. El país estaba arruinado. Las posibilidades de éxito debían de parecer a lo sumo mediocres.

Miguel era inexperto políticamente e incluso sus partidarios lo describían como un muchacho de pocas luces y apocado. Los extranjeros se fijaban en su sonrisa afable, pero a lo largo de su dilatado reinado hay solo un par de ocasiones en las que se irritó lo suficiente para impresionar un poco. Estaba enfermo la mayor parte del tiempo. Tenía un tic en un ojo y a duras penas se aguantaba sobre sus piernas, pero resulta difícil decir si simplemente era un hombre frágil e insignificante o si sus debilidades eran meros síntomas de los traumas experimentados durante la Época de Turbulencias. Era muy puntilloso en materia de piedad religiosa, como habría cabido esperar de un verdadero zar. Le gustaban las nuevas tecnologías, coleccionaba relojes y disfrutaba con las diversiones occidentales, llegando a dar empleo a una compañía de acróbatas, payasos y enanos en su Palacio Poteszny (del Recreo). Los enanos y los fenómenos eran considerados mascotas de buena suerte, pero eran también manifestaciones del carácter excepcional de la realeza: el compañero favorito de Miguel era el enano Mosiaga. Había bailes, toques de tambor y espectáculos de funambulismo. El zar era un jardinero y un cazador entusiasta. Todo indica que era un chico pasivo, de buen carácter y alegre, que vivía para la rutina y el orden. No tenemos retratos veraces: su imagen de zar de buen carácter era más importante que su capacidad de tomar decisiones.¹⁰

Al principio el zar niño compartió el poder con los boyardos y la Asamblea. Se mostró de acuerdo en no «ejecutar a nadie sin un juicio justo y de conformidad con los boyardos». La Asamblea permaneció reunida en sesión casi permanente. El Kremlin siguió dominado por Pozharski y los héroes del alzamiento, que fueron enviados en todas direcciones a luchar contra los enemigos del régimen. La elección de Miguel fue un acto de desafío patriótico, y la misión del nuevo zar era la de coordinar la derrota de los invasores extranjeros, de modo que desde el primer momento los Románov se vieron obligados a ejercer un liderazgo militar.

Primero sus generales derrotaron al ejército del Pequeño Bandolero y de Marinka la Bruja, siendo además capturados ambos. El último marido de Marinka, el atamán cosaco Zarutski, fue empalado en la Plaza Roja con una lanza atravesándole el recto; Marinka fue obligada a morir de hambre; el cadáver del Pequeño Bandolero, de apenas cuatro años, fue colgado de las murallas del Kremlin. No era momento de correr riesgos. Tártaros, polacos y suecos fueron finalmente anegados en sangre. El 15 de octubre de 1615 los suecos se avinieron a firmar la Paz de Stolbovo. Nóvgorod fue devuelta, pero Gustavo Adolfo puso los cimientos de un imperio sueco en Livonia; Rusia quedó aislada del Báltico.

Miguel pudo entonces concentrarse en sus principales enemigos, los polacos, siendo Pozharski su mejor general. Pero no cabía olvidar el hecho de que el padre de Miguel, Filareto, seguía estando prisionero de los polacos. La primera carta del zar a Filareto ponía de manifiesto que el anciano era potencialmente la verdadera fuerza que había detrás del gobierno: «Al más venerable y excelso metropolitano, padre de los padres, gran soberano Filareto, digno de un rango sagrado y adornado de todos los dones divinos, que busca con diligencia la oveja perdida: tu hijo, vástago de tu ilustrísima estirpe, Miguel, zar y gran príncipe, autócrata de toda Rusia, inclina celosamente su cabeza hasta el suelo...».

En su cautiverio polaco, obligado a recibir al primer enviado de su hijo ante los ojos de sus captores, Filareto se vio obligado a compaginar su antigua lealtad a los polacos con la elección de su hijo como zar: «He actuado de buena fe hasta ahora, pero ahora mi hijo ha sido elegido soberano. De este modo, habéis cometido una injusticia conmigo. Habríais podido elegir a otro, pero ahora habéis hecho esto sin mi conocimiento...». Y ahí estaba el dilema: «Fue hecho soberano no por su propio deseo, sino por la gracia de Dios». Los polacos estaban por un lado decididos a acabar con Miguel; por otro lado era harto improbable que liberaran a su padre; y por si fuera poco tarde o temprano el zar tendría que convocar un concurso de novias para escoger esposa.¹¹

Miguel y las personas que lo habían elegido querían ansiosamente tener un verdadero zar sagrado envuelto en el esplendor de una corte real: para que pareciera que las atrocidades de los últimos diez años no habían ocurrido nunca. Había que cumplir los ritos, había que restaurar las viejas usanzas, pero había que crear una corte de la nada, y todo lo nuevo tenía que parecer tradicional. La desintegración que se había producido a raíz de la muerte de Iván el Terrible había demostrado lo que podía pasar cuando un autócrata destruía a toda la oposición, pero dejaba la autocracia sin base. Desde el primer momento, los Románov gobernaron con un núcleo de grandes familias a las que recompensaron con la concesión de tierras, *pomestia*, ocupadas temporalmente a cambio de la prestación de servicios militares.

Los primeros servidores de Miguel restauraron la ceremonia de la monarquía sagrada. En la cámara abovedada de las audiencias, adornada con escenas bíblicas, el joven zar, vestido con una túnica tachonada de diamantes y un gorro ribeteado con piel de marta igualmente adornado con diamantes, empuñando el cetro de oro, se sentaba en un trono elevado sobre cuatro pilares de oro, cada uno de ellos rematado por un águila también dorada. Junto al trono había una manzana imperial de

oro del tamaño de una pelota de jugar a los bolos sobre una pirámide de plata y una jofaina y un aguamanil de oro, con su toalla. A cada lado se hallaban de pie boyardos y altos dignatarios vestidos con túnicas de damasco blanco, gorros de piel de lince y botas blancas, con cadenas de oro alrededor del cuello, empuñando hachas de plata que apoyaban en los hombros.

La vida de Miguel estaba dominada por los oficios religiosos que a menudo llegaban a durar desde el amanecer hasta el crepúsculo, y por la estricta observancia de las festividades..., que cubrían casi todos los días del año. Por la fiesta de la Epifanía, celebrada el 6 de enero, el zar, rodeado de sus mosqueteros, los *streltsí*, un regimiento de élite creado por Iván el Terrible, se reunía con sus cortesanos en torno a un hoyo abierto en la superficie helada del río Moscova para «bendecir las aguas del Jordán», ritual que promocionaba a Moscú como una segunda Jerusalén, y a Rusia como una segunda Tierra Santa.

En la corte se recreó una jerarquía perfectamente calibrada. En todas las autocracias, el favor se mide por la proximidad al soberano. En Moscú esa proximidad se expresaba en la «contemplación de los brillantes ojos del soberano». La corte era el centro de distribución de poder en el que los nobles ofrecían su reconocimiento y sus servicios al monarca, que en respuesta repartía entre ellos cargos, tierras, poder, títulos y bodas y a cambio esperaba que le ayudaran a comandar sus ejércitos y a organizar la movilización de sus recursos. En la corte se negociaba con el poder, los que participaban de ella podían amasar fortunas enormes, unidos a la monarquía por unos lazos de lealtad compartida; pero también podían rivalizar en ella sin tener que recurrir a la guerra civil o a la revolución. En la corte tenían lugar sus conflictos —rivalidades políticas, intrigas sexuales—, que eran arbitrados por el monarca y sus hombres de más confianza. Nadie podía olvidar la época de turbulencias, y la autocracia era considerada esencial, no solo para la unidad del país y la reconquista de las tierras perdidas, sino también para impedir cualquier recaída en el caos. Una vez establecidos en el trono, los Románov rara vez serían puestos en entredicho como dinastía legítima.

Cada mañana, los boyardos y los cortesanos* se acercaban a la

* El zar nombraba aproximadamente a unos diez boyardos para que tomaran asiento en su consejo. Ascendía además a unos pocos al rango de boyardos privados. Por ricos e ilustres que fueran, en sus cartas al zar los boyardos firmaban utilizando diminutivos infantiles, como por ejemplo: «Tus esclavos sumisos Mitka y Sashka». Por detrás de ellos venían los gentilhombres de cámara, *okólnichi*, y luego los nobles del consejo, *dumnyi dvorianie*. Los secretarios de baja cuna, los *diaki*, eran de hecho los que dirigían los distintos departamentos de la administración del Estado, y los más importantes se convertían en *dumnyi diaki*, secretarios del consejo. Estos cuatro estra-

Escalinata Roja que conducía de la Plaza de las Catedrales a los aposentos privados del Palacio de los Térem. Los dignatarios de menor rango, «la gente de la plaza», esperaban al pie de la escalera, pero la minoría de afortunados, «la gente de los aposentos», podía subir por ella. La cámara real era una serie de habitaciones de una santidad creciente e impenetrable. Solo los de rango más elevado podían acceder a la Cámara Dorada, la tercera cámara más próxima a la alcoba real. El zar era tan sagrado que nadie tenía derecho a mirarlo a los ojos, y era saludado por sus súbditos desde una posición de postración total. Si los médicos lo sangraban, la sangre era bendecida y enterrada en un pozo especial de la sangre, para evitar cualquier acto de hechicería.

Como siempre ha ocurrido en el Kremlin, la seguridad era de vital importancia. Por si su cacareada y benigna santidad no fuera suficiente, Miguel ordenó que cualquiera que escuchara «las palabras o los hechos del zar» —expresión terrible que designaba a todo aquel sospechoso de traición— informara a su ejecutor, el príncipe Yuri Suleshov, un principillo de tres al cuarto de origen tártaro, otrora perteneciente a la Horda Dorada y convertido recientemente a la fe ortodoxa, que dirigía la Secretaría de Investigaciones. Incluso en aquellos momentos la corte tenía unos fuertes tintes tártaros, y los príncipes conversos eran muy numerosos, ninguno de ellos tan importante como los primos medio tártaros de Miguel, los príncipes Cherkaski.¹² La corte fue restaurada, pero Miguel ya no podía permitirse el lujo de esperar a que volviera su padre. Tenía que encontrar esposa, papel magnífico pero peligrosísimo en una corte en la que el veneno era un instrumento político como otro cualquiera. A finales de 1615, el zar convocó un concurso de novias.

tos superiores se sentaban en el Consejo y entre ellos eran elegidos los ministros y cortesanos. Los presidentes de los aproximadamente cincuenta departamentos del gobierno o *prikazi* dirigían la corte y el país; unos eran de carácter político, como la Secretaría de Exteriores o el Gran Tesoro, otros eran de carácter regional, como la Secretaría de Kazán, y otros de carácter personal, como la Secretaría de la Gran Corte. En una corte en la que el envenenamiento era una práctica habitual, la Farmacia Real, encargada de elaborar y almacenar las medicinas del propio zar, era tan importante que prácticamente siempre era controlada por un ministro importante. Pero la vida del zar era administrada por cortesanos como el Guardián del Sello, el Caballerizo Mayor y, en un ámbito más íntimo, por los *postelnichi* o gentilhombres de cámara. Pozharski, el señor de la guerra que en realidad había sido el responsable del establecimiento en el trono de los Románov, fue ascendido a boyardo y colmado de tierras, pero el absurdo de los derechos de precedencia hizo que su persona suscitara constantemente las quejas de los boyardos de más rancio abolengo.

Los cortesanos se desplegaron por todo el reino con la misión de seleccionar a una serie de doncellas adolescentes, en su mayoría pertenecientes a familias de la nobleza rural y mediana, que fueron enviadas a Moscú a vivir en casa de parientes o en una mansión especial escogida al efecto. Todas estas candidatas, tal vez 500, acababan siendo reducidas a unas 60, preparadas y acicaladas por sus familias.

Las participantes en el certamen se presentaban primero ante un jurado de cortesanos y médicos que descartaban a las peores. Se enviaban las correspondientes descripciones al zar y sus asesores, pero, aparte de la belleza y la salud, los detalles fundamentales eran los lazos de parentesco que pudieran unirlos a los clanes residentes en el Kremlin. Mientras ellas aguardaban impacientes, sus árboles genealógicos eran estudiados escrupulosamente.

Esta antigua tradición fascinaba a los visitantes extranjeros, que la consideraban la más exótica de las costumbres de Moscovia. Irradiaba la misteriosa pero saludable majestad de la autocracia, aunque en realidad era una respuesta práctica a la dificultad que tenían los zares para atraer a esposas extranjeras a su remota y aislada corte. Aquellos espectáculos estaban destinados a calmar la brutal rivalidad existente entre las diversas facciones de la corte utilizando un ritual abierto para escoger una doncella respetable perteneciente a la pequeña nobleza de provincias. Los zares preferían casarse con alguien situado por debajo de ellos para evitar cualquier lazo que los uniera con las facciones de los boyardos, que no deseaban de ninguna manera que la novia estuviera emparentada con sus rivales. Pero cada facción aspiraba en secreto a promocionar a alguna chica que guardara algún parentesco (por lejano que fuera) con ella.

Las mejores jóvenes quedaban clasificadas para la siguiente fase, la revista (*smotrini*), en la que el propio zar seleccionaba a las concursantes, que a continuación eran examinadas por el director de la Secretaría de la Gran Corte y por los doctores reales, encargados de apreciar su fecundidad, el objetivo de todo el ejercicio. Las descartadas recibían regalos y eran devueltas a su casa, pero las finalistas —aproximadamente seis— eran trasladadas a una mansión especial del Kremlin, y luego presentadas al zar, que manifestaba su decisión entregando su pañuelo y un anillo de oro a la joven escogida.

Los concursos de novias no eran tan imparciales como pudiera parecer a primera vista: puede que no hubiera trampa, pero podían ser manipulados. Las últimas chicas presentadas al zar eran el resultado precisamente del intenso politiqueo que el ritual tenía por objeto evitar. El arte de ganar el concurso de novias consistía en disponer en la revista de más de una candidata adecuada. Los cortesanos no podían hacer

nada más. El zar no controlaba a las finalistas, pero nadie podía controlar a cuál escogía en la revista final.

La ganadora y su padre cambiaban de nombre, para denotar su rango de nueva familia política real; la muchacha adoptaba el título de zarevna, y se trasladaba con su madre al Palacio de los Térem para su adiestramiento; pero también para estar protegida, pues, como la novia de Miguel no tardaría en descubrir, la ganadora corría grave peligro.¹³

Justo antes de las Navidades de 1615 las muchachas llegaron para ser examinadas por Miguel, que escogió a María Khlopova, de una familia de la nobleza rural intermedia, entregándole el pañuelo y el anillo. La joven cambió su nombre por el de Anastasia y recibió el título superior de zarina, instalándose con su abuela y su tía en el piso superior del Palacio de los Térem, mientras que su tío, Gavril Khlopov, se unía a la servidumbre real. Pero aquella elección suponía una amenaza para el más poderoso de los cortesanos de Miguel. Fiódor Sheremétev, el primo que había viajado hasta Kostromá para ofrecerle el trono, estaba al frente de la mayor parte del gobierno, pero Mikhaíl Saltikov, sobrino de la madre del zar, Marta, que había estado con ellos en Kostromá, era el que más tenía que perder. Saltikov y Marta se oponían a Khlopova.

Unas seis semanas después de los esponsales, el zar, Saltikov y Khlopov, el tío de la novia, estaban inspeccionando unos sables turcos en la Armería Real.

—Este tipo de sables podrían ser fabricados en Moscú —dijo en tono de jactancia Saltikov, que en su calidad de escudero real dirigía la Armería.

El zar puso un sable en manos de su futuro tío político, preguntándole de paso si realmente pensaba que la Armería podía hacer algo comparable a aquella obra maestra de artesanía.

—Nada que sea tan bueno —respondió Khlopov.

Saltikov agarró de nuevo la espada y los dos hombres se pusieron a discutir delante del zar.

Poco después, la novia vomitó y se desmayó en presencia de toda la corte. Había comido demasiados pasteles, declararía más tarde su tío, pero aquel caso de posible envenenamiento de la comida suscitaba una serie de cuestiones fatales: ¿acaso estaba lo bastante sana como para tener hijos o su familia había ocultado una enfermedad secreta? El zar, o quizá su madre, ordenó a Saltikov que supervisara la salud de la muchacha, en un gesto de ingenuidad o de maldad pasmosa. Saltikov empezó a administrarle pociones de la Farmacia Real, tras lo

cual la chica comenzó a sufrir convulsiones y vómitos. Todos estaban horrorizados, como se suponía que debían estar. Probablemente respaldado por la madre del zar, el cerebro que se ocultaba tras aquella maléfica intriga, Saltikov, sobornó a los médicos para que dijeran que la chica ocultaba una enfermedad incurable y que era incapaz de tener hijos. La pobre muchacha, acompañada de toda su familia, fue desterrada a Siberia, y su padre fue nombrado gobernador de la remota provincia de Vologda. Después de seis semanas de pertenencia a la realeza, la chica y su familia habían sido condenadas a la ruina. Miguel estaba enamorado de la joven, pero no quiso investigar más: no se sentía lo bastante fuerte como para desautorizar a su madre. Pero no acaba aquí la historia.¹⁴

En octubre de 1617, el príncipe Ladislao de Polonia avanzó con su ejército sobre Viazma, a casi 250 kilómetros, y se atrincheró allí. El 9 de septiembre del año siguiente, Miguel invitó a la Asamblea a movilizar a toda la nación. Su llamamiento desencadenó el pánico. El 1 de octubre, los polacos atacaron Moscú y llegaron a las Puertas de Arbat, pero a medida que se aproximaba el invierno, los motines y el hambre acabaron con el ejército polaco, que libró la última batalla de la Época de Turbulencias. El 2 de febrero de 1619, Miguel se avino a firmar la Tregua de Deúliño, de catorce años de duración, que dejaba a Polonia dueña de Smolensk. Era una humillación, pero Miguel había mantenido el reino unido, lo que no era poco; y le habían devuelto algo que era casi tan importante como eso.¹⁵

El 14 de junio de 1619, Miguel, a la sazón de veintitrés años, acompañado de una multitud entusiasmada, se trasladó hasta el río Pryesna, a unos ocho kilómetros de la ciudad, y permaneció allí esperando. Vio acercarse un carruaje acompañado de escolta. Cuando ya estaba cerca, se apeó de él su padre, Filareto, con la barba completamente gris, pues tenía ya más de setenta años. Después de nueve años de separación, padre e hijo estaban tan conmovidos que se abrazaron y permanecieron largo rato postrados en el suelo, llorando de alegría. Cuando emprendieron la marcha de vuelta a Moscú, Filareto montó en trineo, mientras que Miguel fue caminando a su lado hasta la ciudad, que los recibió entre vítores y repiques de campanas. Una semana más tarde, en la Cámara Dorada, Filareto fue nombrado patriarca por el patriarca de Jerusalén, Teófanos, que estaba de visita en el país.

Filareto, todo un cascarrabias que había logrado sobrevivir a Iván el Terrible y a Fiódor, al destierro y la tonsura, a los dos Falsos Dimitris y a la cautividad polaca, no iba a contentarse nunca con ser un simple clé-

rigo. Miguel lo nombró gran soberano, de hecho cozar, y gobernaron juntos en una diarquía. El patriarca, que tenía solo un «conocimiento regular de las Sagradas Escrituras», había esperado demasiado tiempo a alcanzar el poder. Era «irascible, suspicaz y tan imperioso que hasta el zar lo temía». Y sus dotes políticas han llevado a alguno a compararlo con un contemporáneo suyo, el cardenal Richelieu.

Las cartas intercambiadas por el zar y el patriarca muestran en qué términos se dirigían formalmente uno a otro. «Rogamos a Dios Todopoderoso que podamos ver vuestro santo rostro, hermoso y angélico, y besar la cabeza de vuestra santidad e inclinarnos para rendiros pleitesía», decía Miguel en una de ellas. Filareto ofrecía sus consejos, como el que no quiere la cosa. Preguntaba primero: «¿Y qué disposiciones tomaréis, soberano señor, en lo concerniente a la cuestión de Crimea?», para responder de inmediato a su propia pregunta: «Por mi parte, soberano señor, creo que...». Recibían a los embajadores sentados uno junto a otro en tronos idénticos, a veces desempeñando diplomáticamente papeles distintos. «No digas que ha sido escrito por mí», ordenaba en un caso Filareto a Miguel.

Había entre ellos respeto, pero no intimidad. «Los naturales afectos del hijo», señalaba un legado holandés, «iban dirigidos mucho más hacia su madre que hacia su padre, habida cuenta de su larga separación». Pero las cosas las preparaban juntos. «Se ha escrito, soberano señor», decía en una carta el zar a su padre, «que vos, gran soberano, padre nuestro y peregrino, deseáis estar en Moscú para la festividad de la Trinidad, pero no es conveniente para vos, pues los caminos estarán intransitables para vuestro carruaje. Quizá sería mejor que vinierais el lunes... Pero sea como nuestro gran soberano desee».

Filareto era el hombre fuerte del Kremlin, y nadie hizo más que él por asentar el poder de los Románov. Era el empresario oculto tras una gran variedad de ostentosas ceremonias y de mejoras arquitectónicas destinadas a irradiar en todas direcciones el prestigio de la corona.*

* Filareto contrató a un arquitecto escocés, Christopher Galloway, para que remodelara la Torre del Salvador y añadiera en ella un reloj, para deleite de padre e hijo. Le encantaba la teatralidad de su cargo de superpatriarca: cada Domingo de Ramos Miguel reproducía la entrada de Jesús en Jerusalén, pero era el patriarca, no él, el que iba montando en el pollino. Adornado con la Corona de Monómaco y todas las vestimentas reales, el zar oraba en compañía de los boyardos en el Kremlin, y luego salía andando con el patriarca, seguido de toda la corte. En la tribuna de la Plaza Roja, que hacía las veces de Gólgota, el zar llevaba de las riendas el caballo (curiosamente disfrazado de asno, con unas orejas de mentirijillas) en el que montaba el patriarca, y volvían así en procesión a la catedral de la Dormición, en el interior del Kremlin. Después el patriarca agradecía al zar el servicio prestado mediante el pago de 200 rublos.

Gobernaba a través de una camarilla de hombres de su confianza: su hermano Iván, mucho más joven que él, y sus primos, Sheremétev y el príncipe medio tártaro Iván Cherkaski. Si cualquier boyardo se pasaba de la raya, podía ser encarcelado. Nueve de ellos fueron condenados al destierro. Filareto dedicó mucho tiempo a hacer de árbitro entre los boyardos, que constantemente andaban planteando litigios por los derechos de preferencia y a menudo recurrían a la violencia física. Muchos boyardos no olvidaban que Filareto no era más que uno de ellos: el príncipe Likov-Obolenski, hombre de carácter brusco, pero leal, insultó en cierta ocasión al patriarca en la iglesia. Por fin estaba él solo en la cúspide: Filareto se quejó ante su hijo de que sus únicos amigos eran Cherkaski, Likov y su hermano Iván.

Pero el objetivo de Filareto, la misión de los Románov, era movilizar Rusia. Él era el encargado de «administrar todo lo relativo al zarato y al ejército», y consideraba que su tarea más urgente era prepararse para tomar venganza de los polacos. La recaudación de impuestos se reformó; la Iglesia fue obligada a guardar disciplina y sus tierras fueron adjudicadas a la dinastía por la propia corona, lo que puso los cimientos de su riqueza. Se concedió a los terratenientes mayor control sobre sus siervos a cambio de que se mostraran dispuestos a combatir. Cada vez que se intensificaban los choques por motivos fronterizos, Filareto era consciente de que sus enemigos polacos y suecos estaban muy por delante de Rusia, pero con Europa enzarzada en aquellos momentos en la guerra de los Treinta Años, había gran cantidad de mercenarios disponibles y el patriarca no dudó en contratar a oficiales ingleses y escoceses para modernizar su ejército. Pero la dinastía necesitaba un heredero: el zar tenía que casarse.¹⁶

Miguel se negó durante cuatro años a considerar a cualquier otra candidata, soñando todavía con María Khlopova, la prometida que había sido envenenada. Pero en 1621 Filareto ofreció la mano de su hijo a dos princesas extranjeras, si bien los monarcas occidentales rechazaron sin miramientos las pretensiones de aquellos advenedizos tan toscos, sin duda para mayor alivio de Miguel, que convenció a su padre de que volviera a tener en cuenta lo sucedido con María. Filareto ordenó a sus médicos, Bills y Bathser, que examinaran a la joven desterrada en aquellos momentos en Nizhni Nóvgorod; los físicos volvieron con la noticia de que estaba completamente sana. Filareto se volvió entonces contra el escudero Saltikov: ¿Por qué había dicho que María padecía una enfermedad incurable?

Filareto y Miguel presidieron el tribunal junto con Iván Románov,

Iván Cherkaski y Sheremétev, y juzgaron a Saltikov y su hermano. Sheremétev fue enviado a Nizhni Nóvgorod a entrevistar a María, que contó que solo había vomitado una vez en su vida... hasta que Saltikov le dio una tintura de la Farmacia Real.

Miguel se puso fuera de sí. Saltikov fue destituido y desterrado por «entorpecer el placer y el casamiento del zar de forma traicionera. El favor que os dispensaba el soberano ... era mayor de lo que merecíais, pero vos actuasteis solo pensando en vuestro enriquecimiento para aseguráros de que nadie más que vos gozaba del favor del soberano». Saltikov escapó con vida solo porque fue protegido por la propia madre del zar, que se aseguró de que los Saltikov no fueran exterminados... y pudieran un día volver a la corte.

Miguel suponía que iba ya a poder casarse con María Khlopova, pero Sor Marta se negó a bendecir su matrimonio: la chica era mercancia tarada. La madre del zar tenía una candidata mejor, su pariente la princesa María Dolgorúkaya. El zar seguía apegado a su madre, y fue esta la que presidió el concurso de novias en el que Miguel eligió a la doncella escogida por ella. El 19 de septiembre de 1624, el zar se casó con Dolgorúkaya, un triunfo para las intrigas de su madre. Pero al cabo de cuatro meses la recién casada murió.*

No había tiempo para guardar luto: Miguel tenía que contraer matrimonio de nuevo, y rápido. En la revista de las participantes en el concurso de novias, Miguel entregó el pañuelo y el anillo a Eudoxia Streshniova, hija de un miembro de la pequeña nobleza rural. Filareto mandó que permaneciera estrechamente vigilada en el Palacio de los Térem durante todo el noviazgo. El 5 de febrero de 1626 la pareja se casó y pasó su noche de bodas acostada con granos de trigo entre las sábanas, gavillas de centeno debajo de la cama e iconos sagrados encima, como mandaba la tradición.

Eudoxia sufrió la intromisión constante de su suegra, Sor Marta, pero incluso sin esa intromisión la vida de una zarina era agobiante y limitada. Las buenas familias supuestamente debían ser gobernadas por los tristes *Domostrói*, las normas domésticas escri-

* Los Dolgoruki afirmaban ser descendientes de Yuri Brazo-Largo (Dolgo-Ruki), gran príncipe de Kiev, que fundó Moscú en 1156. Pero era un puro mito. En realidad descendían del soberano de Obolensk, el príncipe Iván Obolenski Brazo-Largo, de época muy posterior, del siglo xv. Miguel no sería el último Románov que se casara con una Dolgorúkaya, aunque se decía que cualquier matrimonio de un Románov con una Dolgorúkaya estaba maldito. Los Dolgoruki fueron una de las familias, como los Sheremétev, los Saltikov y los Golitsin, que contribuyeron a sostener el gobierno ruso hasta 1917. El último primer ministro de Nicolás II fue un Golitsin, que fue al destierro en Siberia con un Dolgoruki.

tas por un monje del siglo XVI, que especificaban que «las esposas desobedientes debían ser azotadas severamente», mientras que a las virtuosas había que darles una paliza «de vez en cuando, pero amablemente y en secreto, evitando los puñetazos que hacen rasguños».

Las mujeres de la familia real permanecían encerradas en el *térem*, aposentos no muy distintos del harén musulmán. Envueltas en pesados velos, asistían a los oficios religiosos desde detrás de una reja; sus carruajes llevaban cortinas de tafetán, para que no pudieran ver el exterior ni ser vistas por nadie; y cuando participaban en las procesiones religiosas, permanecían ocultas a las miradas del público por unos biombos portados por los criados. En el Palacio de los Térem, se pasaban el día cosiendo, y tenían que arrodillarse delante del Rincón Rojo de los iconos cada vez que entraban o salían de una habitación. Vestían el *sarafán*, un vestido largo con las mangas recogidas, y llevaban un tocado llamado *kokóshnik*; el maquillaje y los espejos estaban prohibidos y eran considerados diabólicos. Esas normas eran más laxas a medida que se bajaba en la escala social. Las mujeres de los mercaderes se ennegrecían los dientes, usaban maquillaje blanco, se pintaban las mejillas y los labios de rojo, y se teñían las cejas y las pestañas de negro, «de modo que parece que les hayan echado un puñado de harina en la cara y les hayan pintado los mofletes con un pincel». Las clases más bajas se lo pasaban mejor; se bañaban desnudos todos juntos en casas de baño mixtas y salían de jarana por la calle, pero precisamente para evitar esos excesos en la bebida era por lo que se imponía con tanta rigidez la piedad del *térem*.

No obstante, la zarina Eudoxia logró medrar en él. El primero de sus diez hijos, una niña, Irina, nació exactamente nueve meses después de la boda: las zarinas daban a luz en los baños del Palacio de los Térem. Cada nuevo retoño era festejado con un banquete en la Cámara Dorada. Después de una segunda hija, nació un heredero, Alexéi, en 1629, al que siguieron otros dos varones.¹⁷

Filareto, el excautivo de los polacos, tenía ganas de pelea con Polonia, aunque pocos boyardos creyeran que Rusia estaba lista para algo así. En abril de 1632 encontró la oportunidad: el rey Segismundo III falleció. La Confederación de Polonia-Lituania era un país enorme, que se extendía desde el Báltico hasta casi el mar Negro, pero era la unión poco estable de dos reinos distintos, una contradicción constitucional con dos gobiernos y un solo parlamento, que era elegido por toda la nobleza y en el que cada delegado tenía derecho de veto. Este parlamento, el Sejm, elegía a sus reyes, lo que dejaba la elección del monarca abierta a las maquina-

ciones de las potencias extranjeras. Las peculiares leyes de Polonia, sus poderosísimos magnates y la asiduidad de los sobornos a menudo daban pie a que el país languideciera en un limbo de anarquía. Tras la ocupación de Moscú por los polacos durante la Época de Turbulencias, Polonia se convertiría en el enemigo ancestral de Rusia.

La guerra de Filareto comenzó como farsa y acabó como tragedia. El patriarca logró reunir un número impresionante de hombres, 60.000, pero su anticuado ejército moscovita, capitaneado por boyardos pendencieros, estaba obsoleto. Solo sus 8.000 mercenarios, al mando de un escocés, el coronel Leslie, y de un inglés, el coronel Sanderson, podían compararse con los ejércitos modernos que combatían en la guerra de los Treinta Años.* Cuando envió a dos boyardos a tomar Smolensk, se pusieron a discutir sobre cuál de ellos debía tener derecho de preferencia y tuvo que destituirlos.

Los nuevos comandantes de sus tropas, el boyardo Mikhaíl Shein, que había compartido con Filareto su prisión polaca, y el gentilhomme de cámara Artemii Izmáilov, comenzaron el asedio de Smolensk en agosto de 1633, pero la fortaleza fue reforzada por Ladislao IV, recién elegido rey de Polonia, que seguía reclamando el trono de Rusia. En el mes de octubre, los rusos habían perdido ya 2.000 hombres en una escaramuza y se enfrentaban a una grave escasez de alimentos. Shein era un fanfarrón que en el momento de la partida se había jactado ante el zar de que «cuando la mayoría de los boyardos permanecían cómodamente sentados ante la chimenea» solo él salía a combatir: «Nadie podía compararse con él». Pero no tardó en ser presa del pánico. Miguel intentó calmar a Shein con la piadosa idea de que «en la guerra pasan muchas cosas y además está la misericordia divina», pero la situación en el campamento era cada vez peor.

Leslie y Sanderson se odiaban tanto que el escocés acusó a su colega inglés de traición. En una reyerta ante el propio ejército, Leslie mató de un tiro a Sanderson. Shein entabló negociaciones con los polacos y el 19 de febrero de 1634 se rindió, desfilando ante el rey Ladislao, que finalmente veía la oportunidad de conquistar Moscú. Mientras los polacos avanzaban hacia la capital, Shein e Izmáilov fueron detenidos, juzgados por alta traición y por besar la cruz católica, y decapitados. Pero el avan-

* Los ejércitos tradicionales de Moscovia eran reclutados por servidores de la nobleza, los *pomestchiki*, que a cambio de *pomestia*, concesiones de tierras que hacía el zar, suministraban soldados. De esta forma Filareto logró reclutar 26.000 hombres, pero muchos de ellos iban armados solo con arcos y flechas. Reclutó además 11.000 cosacos carentes por completo de disciplina y 18.000 jinetes tártaros y chuvasios, armados con ballestas. Más impresión podían causar los 20.000 mosqueteros.

ce de los polacos se interrumpió de forma repentina ante la noticia de que Murad IV, el sultán otomano,* iba a invadir Polonia. El 17 de mayo, Polonia y Rusia firmaron la Paz Perpetua. Ladislao se quedaba con Smolensk, pero finalmente reconocía a Miguel como zar.¹⁸

En octubre de 1633, en el punto culminante de la crisis, Filareto murió a los ochenta años de edad, seguido poco después por Marta. Miguel, a la sazón de treinta y cinco, gobernó a través de sus parientes Cherkaski y Sheremétev, mientras que su heredero, Alexéi, tan exuberante como dócil era su padre, iba creciendo en la cálida penumbra del Palacio de los Térem.

Cuando Alexéi tenía cinco años, Miguel nombró tutor suyo a un noble de alta cuna, pero reducido a la más absoluta pobreza, Borís Morózov. Tradicionalmente a los príncipes se les daba solo una educación elemental, pero Morózov enseñó a Alexéi la tecnología de Occidente, le introdujo en el conocimiento del latín, el griego y el polaco, y le ayudó a formar una buena biblioteca. Su padre, enamorado de los jardines y de los artilugios mecánicos, le regaló un huerto y le enseñó su último juguete, un órgano dorado con cuclillos y ruiseñores mecánicos. Padre e hijo compartían además la afición por las diversiones, y daban empleo a dieciséis enanos vestidos con uniformes rojos y amarillos.

Morózov fue una elección excelente y de forma harto singular para los príncipes que se criaban en el explosivo ambiente del Kremlin, Alexéi tuvo una infancia feliz. Morózov se las arregló para que Alexéi estudiara con otros veinte niños y cuando tenía nueve años pusieron a su lado a otro jovencito que tenía cuatro más que él, llamado Artamón Matvéyev. Como comentaría más tarde a modo de reflexión Miguel,

* Murad IV combinaba unas dotes militares propias de César con el sadismo enloquecido de Calígula, pero fue el último gran sultán otomano. Fue sucedido por su hermano, Ibrahim el Loco, que era un erotómano obsesionado con las pieles, los perfumes y las mujeres extraordinariamente gordas. Desde su capital, Constantinopla, los califas-sultanes otomanos habían conquistado un imperio colosal que se extendía desde los confines de Irak hasta el Egeo, incluidos los Balcanes (el territorio de las actuales Grecia, Bulgaria, Rumanía y de lo que hasta hace poco era Yugoslavia), el norte de África, la Turquía actual y todo Oriente Medio, incluidas Jerusalén y La Meca. Sus súbditos europeos eran principalmente eslavos de religión cristiana ortodoxa que, vendidos como esclavos y convertidos al islam durante la infancia, proporcionaban los mejores generales, funcionarios y concubinos del sultán. Los otomanos habían llegado a su máximo esplendor un siglo antes con Solimán el Magnífico, pero hasta finales del siglo XVIII siguieron constituyendo un imperio formidable, dueño de enormes recursos militares. En 1637 unos cosacos independientes asaltaron la fortaleza otomana de Azov y se la ofrecieron a Miguel, pero, tras consultar a la Asamblea de la Tierra, el zar tuvo que reconocer que todavía no era lo bastante fuerte como para desafiar a los otomanos.

Morózov —que pasó trece años «viviendo a todas horas con nosotros»— se había convertido casi en un miembro de la familia.¹⁹

Posteriormente, en 1639, dos de los hijos varones de Miguel murieron casi simultáneamente, uno a los cinco años y otro casi recién nacido. Las tragedias familiares se cobraron un alto precio en la salud del zar. En abril de 1645 Miguel cayó enfermo con escorbuto, hidropesía y muy probablemente depresión. Tres médicos analizaron la orina del zar. Lloraba tanto que los doctores diagnosticaron seriamente que un diluvio de lágrimas le había inundado el estómago, el hígado y el bazo, lo que privaba a sus órganos del calor natural y le enfriaba la sangre. Le recetaron vino del Rin mezclado con ciertas hierbas y un purgante, y le ordenaron que no cenara. El 14 de mayo le prescribieron otro purgante. El día 26 comprobaron que la orina real estaba descolorida porque el estómago y el hígado del monarca no funcionaban «debido a haber permanecido demasiado tiempo sentado, y como consecuencia de las bebidas frías y la melancolía causada por la pena», la forma en la que en el siglo XVII se diagnosticaba la depresión. Pero el regio paciente no mejoraba. Shermétev, que le había ofrecido el trono treinta años antes, se ofreció a cuidar personalmente a Miguel, pero no sirvió de nada.

El 12 de julio se desmayó en la iglesia. «¡Las entrañas se me parten!», gimió. Le dieron un masaje en el vientre con un bálsamo mientras toda la corte se daba cuenta de que el zar, de solo cuarenta y nueve años, se moría. En medio del hedor a sudor y a orina, de las salmodias de los curas, del titilar de las velas y el vaivén de los incensarios, el lecho de muerte de un monarca era un escenario de dignidad y santidad: cabía esperar que quien había vivido como un rey supiera morir como tal. Los soberanos no mueren como el resto de los mortales: el zar fallecía, pero cuando el poder era traspasado seguía muy vivo. Su lecho de muerte constituía una transacción pública y práctica. Los cortesanos lloraban a su amado señor, pero al tiempo que asistían al final de un reinado, participaban también del comienzo de otro. El traspaso de poder es siempre la prueba definitiva de la estabilidad de un régimen: pero hasta 1796 no hubo en Rusia una ley de sucesión, de modo que el lecho de muerte constituía una peligrosa crisis política, que a menudo degeneraba en un torneo fatal. Las últimas palabras musitadas por el monarca moribundo eran consideradas sagradas, pero un instante después de que exhalara su último suspiro lo único que realmente importaba eran los caprichos del nuevo zar. Aquellos tensos espectáculos eran a un tiempo momentos familiares y ceremonias de Estado. Las intrigas de última hora en la cámara mortuoria podían cambiarlo todo.

La zarina y el príncipe heredero fueron mandados llamar, junto con Morózov y el patriarca. Miguel se despidió de su esposa, bendijo al heredero con su reino y dijo a Morózov:

—A mi boyardo le confío mi hijo y os imploro que, igual que servisteis alegremente a nos, viviendo con nosotros trece años, sigáis sirviéndolo ahora a él.

A las dos de la madrugada se confesó. Alexéi se fijó en que el vientre de su padre «se retorció y hacía ruido» con los estertores de la muerte. En cuanto Miguel exhaló el último suspiro, Nikita Románov, hijo de Iván y por lo tanto primo segundo de Alexéi, apareció en la antecámara para ser el primero en prestar juramento de lealtad al nuevo zar, repitiendo que ningún extranjero sería reconocido como zar y que todos los ciudadanos estaban obligados a comunicar cualquier «designio malo», mientras que una sola campana se ponía a doblar y la viuda y las hijas del monarca prorrumpían en gritos de dolor. No habría Asamblea que confirmara la sucesión. Los Románov ya no necesitaban nada de eso. Alexéi era zar por voluntad de Dios y de nadie más.²⁰